

# **Humanidades y ciencias sociales: rearticulaciones transdisciplinarias y conflictos en los bordes**

**Nelly Richard**  
**(Universidad ARCIS, Chile)**

## HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES: REARTICULACIONES TRANSDISCIPLINARIAS Y CONFLICTOS EN LOS BORDES

### HUMANITIES AND SOCIAL SCIENCES: LIMITS ACROSS DISCIPLINES AND CONFLICTS ON THE BORDERS

Nelly Richard  
(Universidad ARCIS, Chile)

I/C - Revista Científica de  
Información y Comunicación  
2009, 6, pp69-83

#### Resumen

La reflexión acerca de la identidad latinoamericana había sido encomendada tradicionalmente a la literatura y las humanidades, para, a partir de los años '80, desplazarse hacia las ciencias sociales y de la comunicación. La transdisciplinariedad se ha convertido entonces en método irrenunciable, pero la autora propone que, frente a la convivencia acrítica, los estudios culturales deben usar los bordes de conflicto entre disciplinas humanísticas y tecnológicas para oponerse al sistema hegemónico que hace primar a las segundas sobre las primeras, y recuperar la capacidad del arte, la literatura y el pensamiento crítico para reintroducir los desórdenes de lo inclasificable en el mundo de lo clasificado y lo clasificador.

#### Abstract

*Reflections on Latinoamerican identity was traditionally linked to literature and humanities. From the 80's, it slowly swerved to social sciences and communication. Approaches across disciplines have become mainstream, but this author suggests that, unlike non critical coexistence, cultural studies must accommodate to conceptual conflicts on the edge of disciplines building bridges between humanistic disciplines and technological ones in such a way that the latter are not meant superior in any way and the former are instrumental in turning upside down the straitjacket of the orderly world that technology renders.*

#### Palabras clave

Estudios culturales / Transdisciplinariedad / Teoría Crítica

#### Keywords

*Cultural studies / Knowledge across the disciplines / Critical Theory*

### Sumario

1. Las redefiniciones de lo latinoamericano en la teoría cultural de los '80 en América Latina y el desplazamiento de la literatura
2. La suma transdisciplinaria y los choques entre las disciplinas
3. Lo popular versus lo estético
4. Mercado cultural, políticas culturales y crítica de la cultura

### Summary

1. *Latinoamerican definitions in cultural theory of the 80's in Latin America and literature displacement.*
2. *Disciplines addition and disciplines conflicts.*
3. *The popular versus the aesthetic.*
4. *Cultural market, cultural policies and cultural criticism.*

Vistos por algunos como un producto estandarizado de la academia norteamericana de cuyas tecnologías de la reproducción hay que desconfiar sistemáticamente; vistos por otros como un real proyecto de transformación del saber académico que permite cuestionar y desplazar políticamente las fronteras de las disciplinas tradicionales, los estudios culturales han alimentado varios debates y polémicas durante los últimos años.

Sería muy largo repasar el campo de definiciones heterogéneas – y, a menudo, divergentes- que reagrupan las prácticas de los estudios culturales bajo distintas latitudes; analizar las líneas de corte entre la etapa formativa de la Escuela de Birmingham en los años '60 en Inglaterra y su posterior institucionalización académica en los Estados Unidos; dibujar el mapa de sus actuales tendencias y orientaciones. En todo caso, y más allá de cómo se reagrupan o bien se dispersan en proyectos que responden cada uno a muy distintas voluntades académicas y políticas, los estudios culturales nombran –sobre todo en América Latina- un particular giro de las relaciones entre las humanidades y las ciencias sociales. Desde esta perspectiva, el auge de los estudios culturales nos sirve hoy de pretexto para lanzar algunas preguntas sobre el nuevo estatuto del saber y de las disciplinas, sobre los lenguajes de la crítica académica y no-académica, en un paisaje universitario marcado por la globalización neoliberal.

## 1. Las redefiniciones de lo latinoamericano en la teoría cultural de los '80 en América Latina y el desplazamiento de la literatura

**N**uevas definiciones socioculturales de las identidades en América Latina se han multiplicado desde el supuesto, ya ampliamente compartido, de que las categorías tradicionales de lo nacional y de lo continental se fragmentaron bajo los efectos disolventes de la mundialización económica y de la globalización comunicativa. Los flujos de circulación -económicos y simbólicos- de la globalización disocian y combinan los signos de identidad y pertenencia hasta un punto de revolturas tal que ya no es posible hablar de un repertorio fijo de símbolos cohesionadores, así como lo planteaba antes el discurso sustancialista del “nosotros” latinoamericano: un “nosotros” que, en los tiempos de la crítica antiimperialista a la norteamericanización del consumo, debía preservar su pureza originaria de toda contaminación metropolitana. Las redes *massmediáticas* que consagran el advenimiento de la sociedad de la comunicación intersectan hoy cada paisaje nacional con signos que vienen de todas partes que son luego reconjugados por el consumo global que hibridiza las identidades culturales.

Dos son los libros que, en los años '80, reorientaron decisivamente la teoría cultural latinoamericana, al destacar los nuevos procesos de translocalización de los flujos geoculturales, económicos, simbólicos y comunicativos: *De los medios a las mediaciones* de Jesús Martín Barbero y *Culturas híbridas* de Néstor García Canclini. Ambos libros torcieron el giro del discurso latinoamericanista de “lo propio” como núcleo ontológico de una verdad-esencia del “ser” latinoamericano: un “ser” latinoamericano que debía permanecer ajeno a los tráficados de signos en préstamo que circularon por vía de la internacionalización primero y, luego, de la globalización. Ambos libros -el de Martín Barbero y el de García Canclini- mostraron eficazmente cómo el imaginario multilocalizado del capitalismo global cruza identidades culturales y redes mediáticas mezclando lo patrimonial, lo folklórico-tradicional, lo culto, lo popular y lo masivo, en tiempos donde *parecen ser más decisivas la velocidad para recorrer el mundo y las estrategias para seducir a los públicos que la inercia de las tradiciones locales.*

No es casual que estos dos libros se escriban cruzando las fronteras de las ciencias de la comunicación, de la antropología y de la sociología de la cultura, es decir, fuera de la tradición emblemática de la literatura que había sido hasta ahora portadora de los máximos símbolos identitarios del “nosotros” latinoamericano. Ambos libros acusan recibo de que la dominante postmoderna de la globalización cultural debilitó el protagonismo de la literatura y las humanidades cuya función, en América Latina, había sido hasta ahora la de articular la relación entre modernidad, cultura, ideología y nación, tal como aparece ejemplarmente delineada en *La ciudad letrada* de Ángel Rama.

Los textos de Martín Barbero y de García Canclini redefinen la problemática cultural de las identidades latinoamericanas cruzando la memoria antropológica de las culturas populares con la masificación social de los medios tecno-comunicativos. Y ambos lo hacen desacralizando lo literario como una reserva de simbolizaciones escriturarias que, en la tradición latinoamericana, *auratizaba* el texto y la palabra manteniéndolos fuera del contagio –impuro– de la cultura industrializada y sus productos en serie. Para explorar los cruces *massmediáticos* entre cultura y comunicación, entre globalización e interculturalidad, entre cotidianeidad y mercado, ambos autores –Martín Barbero y García Canclini– debieron primero abandonar la literatura como relato integrador de construcción nacional y luego recurrir a instrumentos disciplinarios más afines a las intersecciones dispersas que hoy segmentan lo popular y lo masivo entre los mundos de la cultura, la economía, el poder y la comunicación.

Parto de esta inflexión en la teoría cultural latinoamericana de los '80 (el desplazamiento de la literatura y la apertura transdisciplinaria de los estudios sobre América Latina a teorías y métodos de la sociología y de la comunicación) porque de esta inflexión dependen los puentes creados entre los practicantes en estudios culturales que, desde Estados Unidos, se interesan por América Latina y las prácticas que, según estos mismos académicos de Estados Unidos, mejor representan el modo de realizar “estudios culturales latinoamericanos”. Visibilizar estos puentes de contacto nos sirve para subrayar el rol de la universidad norteamericana –como agente transnacionalizador– en la definición del campo llamado “estudios culturales latinoamericanos”.

Sabemos bien que las relaciones entre localidades geoculturales (Estados Unidos, América Latina), localizaciones institucionales (la academia norteamericana, los campos político-sociales e intelectuales de América Latina) y coyunturas de enunciación (hablar “desde”, “sobre”, “como”) no son relaciones dadas, naturales y fijas, sino relaciones construidas y mediadas y, por lo mismo estas relaciones son siempre *deconstruibles* y rearticulables según los más variados flujos de intercambio. Sin embargo, pese a la horizontalidad creciente de estos flujos de intercambio que se benefician de la circularidad de los debates internacionales que cruzan las diversas fronteras locales, la academia norteamericana sigue siendo la principal intermediadora que vincula, traduce y homologa las producciones del Norte y del Sur, según la lengua obligada del mercado académico internacional. La conversión del libro *Culturas híbridas* en el modelo obligado de lo que se entiende en Estados Unidos por “estudios culturales latinoamericanos” aporta la evidencia de una certificación del valor establecida desde fuera de las coordenadas de lectura que volvieron el surgimiento de este libro originalmente productivo en América Latina en función de otra tradición de campos, e ilustra también el trayecto de cómo y porqué los estudios culturales latinoamericanos son vistos hoy en Estados Unidos como algo

mucho más cercano a las ciencias sociales que a las humanidades. Dice Georges Yúdice (2002): “lo que acá (en Estados Unidos) entendimos como estudios culturales se identifica mucho más con el análisis antropológico y sociológico”. El mismo autor agrega que los proyectos de estudios culturales latinoamericanos reconocidos como tales en Estados Unidos, se caracterizan por “el lugar destacado del marco analítico de lo popular y sus relaciones con la industria cultural y de masas... Tanto en Estados Unidos como en América Latina se ha dejado atrás la versión elitista y se ha optado por una comprensión más cotidiana y antropológica de la cultura”. Por su lado, John Beverley (1996), otro practicante de los Estudios Culturales en Estados Unidos interesado en América Latina, insiste en que “la mutación de la esfera pública causada por los medios audiovisuales conduce a un aplazamiento nuevo y progresivo de la idea de la literatura como un modelo o práctica (antes) formadora de identidad nacional”, y que “el proyecto de Néstor García Canclini... es la articulación más importante y de más influencia en los estudios culturales en el ámbito latinoamericano” debido a su atención privilegiada al tema de las culturas populares y de la cotidianidad mediática.

Quedaría entonces claro, siguiendo las definiciones anteriores, que tanto la adhesión al proyecto de los estudios culturales de parte de sus exponentes del Norte y del Sur como el reconocimiento del campo mismo de los estudios culturales latinoamericanos en base a definiciones trazadas por la academia norteamericana, se centran en la ruptura que establecen los estudios culturales con el humanismo literario de la “ciudad letrada” (y con su jerarquía –aristocratizante- entre alta cultura y cultural popular) y en el deseo consiguiente de investigar las nuevas sensibilidades masivas que se tramam en las redes -de complicidad y/o de resistencia- de la mediatización capitalista. Así lo confirma Julio Ramos al declarar que, en este fin de siglo, marcado por la globalización distintiva de las sociedades mediáticas, acaso las formaciones sociales no requieren ya de la intervención legitimadora de esos relatos modeladores de la integración nacional (tales como la literatura), en la medida en que el Estado se retrae de los contratos republicados de la representación del *bien estar común* y en que los medios de comunicación masiva y el consumo entretejen otros parámetros para la identificación ciudadana y sus múltiples exclusiones.

Los estudios culturales latinoamericanos llegarían a interpretar así el síntoma de una triple crisis de lo literario. Una crisis de lo literario en tanto canonicidad: se descentra el canon de selección y autoridad universales que normaba el valor, el juicio y la calidad, bajo la presión de los márgenes antes excluidos del dominio occidental (“diferencia”, “otredad”, “periferia”, “subalternidad”, “minoridad”). Crisis de lo literario en tanto representación cultural de lo social, ya que la literatura dejó de ser el relato maestro que simbolizaba el nexo entre “cultura” y “nación”, ambas desintegradas por la circulación mediática de las identificaciones

segmentadas que se diseminan hoy vía el consumo. Crisis de lo literario en tanto volumen y opacidad del texto, en un mundo de superficies donde las tecnologías de lo visual hablan un lenguaje plano de imágenes y pantallas translúcidas. Esta triple crisis de lo literario –y, por tanto, del legado humanista de la modernidad – le significa a los estudios culturales adaptar el saber a este nuevo paisaje tecno-comunicativo bajo la forma de lo transdisciplinario.

## 2. La suma transdisciplinaria y los choques entre las disciplinas

Interesa saber qué se gana y qué se pierde con este desplazamiento de lo literario (antes cifrado en las humanidades, en la reflexión estética y el ensayismo crítico-literario) hacia la actual transdisciplinarietà de los estudios culturales. Pero advirtamos, primero, que existen muchas formas de interpretar la relación entre disciplinas y transdisciplinarietà, en el marco general de la condición postmoderna. En el mejor de los casos, la transdisciplinarietà plantea no reemplazar a las disciplinas establecidas sino emplazarlas: confrontarlas a sus límites de control de la especialización como un modo de politizar el conocimiento al llevar la Universidad a interrogarse sobre sus exclusiones de saber y sobre los límites de separación que, en nombre de la trascendencia especulativa modelizada por la filosofía, divorcian el conocimiento de la exterioridad batallante de lo social. Así vistos, los estudios culturales entrarían en un nuevo proceso crítico que trabaja entre los espacios de las disciplinas académicas, y sobre las relaciones entre la academia y otros lugares políticos, desde la zona de conflictos que surge entre conservación (lo sedimentado) e irrupción o dislocación (lo emergente). Pero en el peor de los casos (lamentablemente el más frecuente), la transdisciplinarietà se resume a una suma pragmática de saberes recortados que, en su misma parcialidad y diversificación, se adaptan sumisamente a la segmentariedad de los cruces funcionales entre globalización, multiculturalidad, fragmentación, postmodernismo y neoliberalismo.

Recordemos que cuando Jean Francois Lyotard escribe en los años '80 su "Informe sobre el saber" recogido en *La condición postmoderna*, es decir, cuando le toca diagnosticar el nuevo estatuto del conocimiento en nuestras sociedades postmodernas, el autor nos habla de la deslegitimación del saber especulativo en tanto saber universal y trascendente dentro de la Universidad moderna, y nos dice que la interdisciplinarietà se ofrece como una salida práctica a esta deslegitimación: la interdisciplinarietà como "urgente empirismo" que fragmenta y tecnifica los marcos del conocimiento, y que busca la eficacia delimitando áreas de competencia cada vez más

parciales, para cumplir con las demandas de multiplicidad del capital y sus reticulados productivistas. El informe de Lyotard sobre la crisis de los meta-relatos y del fundamento especulativo de la universidad-universalidad moderna, describe las nuevas condiciones de practicidad del conocimiento que deberá ser cada vez más transmisible como mercancía informacional. Lyotard nos dice que “la jerarquía especulativa del conocimiento deja lugar a una red inmanente y por así decir *plana* de investigaciones”; que “las antiguas *facultades* estallan en instituciones de todo tipo... y que la enseñanza en las universidades se limita a asegurar la reproducción de competencias”; unas competencias técnicamente hechas para mejorar la performatividad del sistema, sin nunca poner en duda la validez de su lógica de eficiencia.

Las condiciones de “inmanentización, compartimentalización y tecnificación” del saber universitario que describe Lyotard no serían ajenas, según Idelber Avelar (2000), al proyecto de los estudios culturales en un mundo que ha pasado de la “universidad humanista” a la “universidad tecnocrática”: “Si el pensar de la totalidad se encuentra hoy obstaculizado por una instrumentalización que reduce todas las disciplinas a su estatuto técnico, si todas las epistemologías han sido reducidas a un tratamiento técnico de su objeto... ¿habría algo accidental en el hecho de que la única politización reciente del conocimiento tenga lugar desde una apelación anti-teórica a la especificidad —ese caballo de batalla más propia del experto técnico? El empirismo que subyace a los estudios culturales —su visible resistencia a la teorización sería comprensible en este contexto”.

Podría sorprendernos que se hable aquí de “resistencia a la teorización”, siendo que el reproche que suelen dirigirles muchos antropólogos, sociólogos y economistas a los estudios culturales es más bien inverso. Al menos en Estados Unidos, se les reclama no haberse desligado lo suficiente de la teoría literaria a la que están, en su mayoría, asociados; abusar del textualismo de la metáfora filosófico-literaria, y por menospreciar el dato macro-social de lo económico y de lo político que requeriría, para ser analizado, de saberes más duros que blandos, más sólidos que tenues, es decir menos literarios. Incluso Stuart Hall, “con un pie en cada campo”, afirma que una de las principales limitaciones de los estudios culturales deriva del fracaso de sus practicantes en el proyecto de ser suficientemente interdisciplinarios, y en su falta de capacidad para salirse de un foco de preocupaciones especialmente literarias e involucrarse con disciplinas como la economía y la sociología. Pero si bien, en Estados Unidos, algunas ramas de los estudios culturales muy ligadas al academicismo literario exhiben el tic de querer reducir el poder y la política a una cuestión exclusiva del lenguaje y la textualidad, lo que se identifica predominantemente como “estudios culturales latinoamericanos” (y en eso I. Avelar tiene razón) tiene mucho menos que ver con la filosofía deconstructiva, el análisis estético y la teoría que con una dimensión

antropológico-social de la cultura que la considera, abarcadoramente, como campo de interacciones cotidianas y de formas de vida, cuya generalidad des-diferencia el lugar especializado del “arte” y de la “literatura”.

A distancia del ensayismo crítico-literario cuyas vueltas y rodeos giran en torno a las estéticas del lenguaje, la mayor parte de los estudios culturales latinoamericanos ha optado —empíricamente— por la transdisciplinariedad como un recurso que mezcla lo científico-social y lo económico-cultural para comprender las nuevas dinámicas transnacionales de los mensajes y el consumo globalizados y, también, para satisfacer renovadamente las necesidades instrumentales de los pedidos que le vienen de fuera de la universidad (del Estado, de las ONG’s, de las consultorías internacionales, de la sociedad civil, de la empresa privada, etc.).

Ya lo sabemos, ha sido desarticulada la Totalidad como el horizonte de sentido que el intelectual de antes vivía, desgarradamente, como una tensión crítica entre conocimiento y sociedad. Hoy la transdisciplinariedad es la consigna que adecua el saber a la fragmentación y la dispersión de sus objetos de estudio; a la segmentación de las teorías; a la ramificación de los circuitos de pertinencia y utilidad; etc., sin que el lenguaje que tramite académicamente este conocimiento fragmentado y diversificado manifieste alguna indisposición crítica (algún malestar de las palabras, alguna reticencia de lenguaje) frente a las exigencias adaptativas de multifuncionalidad del saber que plantea el mercado hipercapitalista.

El modelo de transdisciplinariedad frecuente en varios tipos de estudios culturales lleva, en su dimensión más extrema, al uso —desinhibido— de técnicas y métodos hechos para complementarse en la fluidez pragmática de la simple yuxtaposición, sin que las disciplinas involucradas en esta suma de traslados pareciesen nunca experimentar alguna tirantez o conflicto en sus bordes. La globalización y los estudios culturales tendrían en común esta “ilimitación” de los dispositivos —“la obscenidad de todos los caminos abiertos” (W. Thayer)— que presupone, además de la fragmentación, la disponibilidad total de cada fragmento abierto a la infinita extensividad de sus usos. ¿No habría, en esta celebración del libre intercambio de las disciplinas, de los estudios culturales como “zona franca” del conocimiento múltiple, una imagen demasiado afín al mercado flexible de la diversidad que promueve la máquina neocapitalista?

Frente a lo devorador de una suma que persigue anexarlo todo, lo que podría echarse de menos en los estudios culturales es la resistencia del límite: el límite en tanto frontera que, además de juntar, separa y desune; el límite en tanto zona de tensionalidad crítica entre objetos y disciplinas, entre fragmentación y globalidad, entre delimitación e ilimitación. La falta de “marco” en los estudios culturales —el “marco” como trazado selectivo y articulador (W. Rowe) — lleva a la abolición de los trazados que son lo único capaz de imponerle límites de resistencia a la inabarcabilidad de la suma.

Esta falta de “marco” conduce al relajo de la indiscriminación, ya que la completa elasticidad de las fronteras entre lo múltiple y lo diverso exime a la crítica de tener que hacerse responsable por lo que sus recortes de selección excluyen además de incluir.

Efectivamente, la crítica literaria, la antropología, el análisis de los discursos, la historiografía, la sociología, nos proponen diferentes lecturas, recortan el espacio social de modos diferentes y no pueden reconciliarse por simple añadidura, dice William Rowe. Es necesario reintroducir el “marco” como virtual borde de irreconciliación no sólo para demarcar los diferentes enfoques de las disciplinas que convergen en torno a un mismo objeto de estudio sino, también, para contrastar y a veces oponer entre sí los encuadres del saber académico con los desencuadres de la palabra crítico-intelectual. Sin esta tensión del “marco” que delimita y opone en base a las relaciones que se construyen entre un adentro y un afuera, los estudios culturales corren el riesgo de que la transdisciplinariedad sea una mera recolección de citas y préstamos disciplinarios enteramente desafilados de los respectivos contextos de marcación político-intelectual en los que se inscriben o bien de los que buscan des-inscribirse.

Algunos estudiosos latinoamericanos ven en los estudios culturales la oportunidad de reunir lo escindido, de conjugar lo científico-social y lo humanístico-literario, en una nueva reorganización del trabajo académico capaz de gestionar encuentros felices entre método explicativo y relato interpretativo, entre *las descripciones densas que articulen las estructuras más o menos objetivas y los niveles de significación más o menos subjetivos*. Subyace a este deseo la necesidad de facilitar el encuentro entre, por un lado, las estadísticas y sus técnicas de análisis cuantitativo; la objetividad de la cifra y la solvencia del dato duro que garantiza la eficacia profesional; la descripción macrosocial de cómo funciona la globalización en su dimensión económicamente comprobable; la redondez del conocimiento verificable que prueba la certeza de un diagnóstico; y, por otro lado, las especulaciones teóricas de una subjetividad que prefiere lo impreciso y lo fluctuante de las constelaciones metafóricas a la completud de una verdad objetivada.

Es como si, gracias a la mediación de los estudios culturales, el principio de realidad del dato empírico en el trabajo científico pudiese llegar a corregir los excesos (las extravagancias, las vaguedades) de las metáforas literarias exaltadas por el textualismo deconstructivo, tendiendo un puente (imaginario) para que los estudios culturales pasen de un análisis hermenéutico a un trabajo científico que combine la significación y los hechos, los discursos y sus arraigos empíricos. La mediación de los estudios culturales garantizaría una conciliación pacífica de los opuestos gracias a la razonabilidad del consenso interdisciplinario.

Pero no todas las disciplinas gozan de los mismos créditos de legitimidad y privilegios sociales ni son avaladas por los mismos coeficientes

de poder. En el paisaje hipertecnificado de hoy, los saberes científico-investigativos que pertenecen al mundo del conocimiento experto gozan de mayor reconocimiento profesional que, por ejemplo, el ensayismo crítico-cultural que comparte con el arte y las humanidades el estigma de lo inutítil. Si admitimos que la relación entre formaciones de conocimiento, jerarquías disciplinarias y paradigmas de legitimación social del saber contiene de por sí una violencia implícita, no tenemos por qué suponer que las asimetrías y desigualdades de estatus entre lo científico-social y lo humanístico deban ser vividos apaciblemente. Los estudios culturales, concebidos como una fluida zona de “libre comercio” entre las disciplinas, parecerían querer borrar los choques entre las distintas economías de saber/ poder que se relacionan conflictivamente unas con otras, simulando que todos los ejercicios académicos y críticos (los esquemas de demostración técnica y las fugas interpretativas; la búsqueda de control metodológico y las aventuras de diseminación del sentido; la racionalidad experta y las poéticas de la crisis) hablan el mismo lenguaje. Esta re-conciliación neutral de los estudios culturales en la suma transdisciplinaria no reconoce los enfrentamientos que, muchas veces, oponen *las disciplinas de lo social dirigidas hacia la investigación empírica* por un lado y, por otro, *las nuevas humanidades orientadas hacia discursos descalces*. Sólo si rescatamos la energía crítica que surge de estos enfrentamientos de disciplinas, podremos recrear intelectualmente los campos de fuerzas locales en toda su pluralidad de arreglos y desarreglos culturales, de contenciones disciplinarias y desbordes anti-académicos.

No se puede confundir la solución de la transdisciplinaria como reciclaje de conocimientos diversos en una lengua sin negatividad con la voluntad crítica de ejercer una “ruptura semiótica” (Ranjit Guha) en las composiciones de enunciados del saber universitario capitalista. No es lo mismo optimizar la hibridez transdisciplinaria como un mecanismo facilitador de una articulación sin restos que usar los bordes de conflicto entre las disciplinas para oponerse al sistema hegemónico de traducción y conversión entre fragmento y totalidad.

### 3. Lo popular versus lo estético

La abolición de la distinción jerárquica entre cultura popular y alta cultura que practican los estudios culturales, ha significado el ingreso al campo del análisis de la cultura de múltiples artefactos que reivindican los mismos derechos a ser tratados como objetos de desciframiento crítico que el arte y la literatura. La celebración de lo “popular” ha liberado el ingreso a la academia de todo un rango de prácticas expresivas y comunicativas que forman parte del cotidiano (culturas suburbanas, géneros audiovisuales, modas y estilos de vida, etc.) y circulan por los medios masivos de la

globalización cultural. Más allá de su racionalidad propiamente económica, el “consumo” –que designa el conjunto de procesos socioculturales en que se realizan la apropiación y el uso de los productos- es analizado por los estudios culturales como aquella zona en que las identidades se reconfiguran diariamente a partir de los productos y mensajes globalizados que invaden sus universos de experiencia.

Gracias al ingreso de “lo popular” al campo de las investigaciones académicas, los estudios culturales son ahora capaces de interpretar el rock, las historietas, las fotonovelas, los videos, etc... como *medios donde se mueve la sensibilidad masiva* y como escenarios de consumo donde se forma (lo que García Canclini llama) *las bases estéticas de la ciudadanía*, en un mundo -post-literario- de audiencias mediáticas.

Nadie podría negar el valor democratizador del haber ampliado las excluyentes fronteras de la “ciudad letrada” a los nuevos registros de sensibilidad cotidiana -influidos por la cultura audiovisual- que forman, deforman y transforman a los sujetos populares en sus vidas diarias. Pero, ¿implica esta apertura democratizante de los estudios culturales que la cuestión de lo “estético” deba reducirse a la mera constatación de cómo hoy el mercado de los estilos y los gustos vuelve expresivas y comunicativas las identidades globalizadas? No dejemos que la tarea de ocuparnos de “los procesos de recepción” de la cultura (de “la acumulación desigual de propiedad cultural, la asimetría en el acceso de las regiones a la información y el entretenimiento, la posibilidad de que cada cultura construya su propia imagen y comprenda la de los otros”) haga opaco el “trabajo de producción” de lo estético: lo estético como rango diferenciador de ciertas prácticas simbólicas (las del arte y de la literatura) que generan particulares vibraciones de sentido en el mundo serializado de las industrias culturales.

Junto con el arte y la literatura, el rock, las historietas, las fotonovelas, los videos merecen efectivamente ser considerados como artefactos discursivos, como “textos” sociales, que nos enseñan a comprender el mundo de la cultura popular. Pero existen varias y significativas diferencias entre una fotonovela y un poema, entre un carnaval popular y un video arte: diferencias de elaboración formal, de complejidad semántica, de experimentación con los códigos, de condensación simbólica, de interpelación subjetiva, de maniobras de desplazamiento retórico entre el qué y el cómo que tensionan los lenguajes del arte y de la literatura. Si no contrastamos estas diferencias, vamos a confundir una obra de arte con las programaciones del consumo guiadas por los artificios comerciales. Tampoco vamos a ser capaces de rescatar la singularidad de ese algo semi-procesable que opone lo estético (la arbitrariedad y las intransigencias de la forma; las disputas simbólicas en torno a la figuración del sentido) a lo meramente estetizado (el resultado banal de la extroversión publicitaria y comunicativa de las imágenes que se complacen en la gratificación

mercantil). Reducir todas las prácticas culturales al denominador común del “consumo”, dejando de lado la intencionalidad significativa de las maniobras de producción artística, fomenta el *relativismo valorativo* del que participan –según B. Sarlo (1994) - tanto el mercado neoliberal como el neopopulismo de los estudios culturales ya que ambos renunciaron a preguntarse “hasta qué punto es posible, por ejemplo, hablar del arte como nivel específico de la dimensión simbólica del mundo social; si es lícito buscar en la experiencia estética rasgos particulares frente a otras experiencias discursivas y prácticas; si las formas de circulación de los productos estéticos son distinguibles, aunque se crucen permanentemente, con otras redes del sistema cultural”.

#### **4. Mercado cultural, políticas culturales y crítica de la cultura**

Lo primero que caracterizó a los estudios culturales fue su voluntad de democratizar el conocimiento y de desafiar las fronteras de la autoridad académica, abriéndose al fuera-de-corpus de ciertos bordes llamados: cultura popular, movimientos sociales, crítica feminista, grupos subalternos, etc. Los estudios culturales han estimulado determinadas prácticas de saber que surgen en la intersección entre construcciones de objetos y formaciones de sujetos: entre el adentro de la máquina académica y afueras múltiples (en revuelta) que des-bordan los archivos y las bibliotecas del saber canónico. Habría una dimensión emancipadora en esta apertura extra-disciplinaria del formato académico a formas de conocimiento-en-acción (ligadas a zonas de conflictos sociales, de intervención cultural, de defensa ciudadana, de luchas de la calle). Este conocimiento-en-acción llevó la reflexión universitaria a romper con el principio de “no interferencia” que, según Edward Said, aísla el saber del compromiso de sus sujetos con lo que él llama “la resistencia y heterogeneidad de la sociedad civil”.

Algunos de los proyectos que más se interesan en cuestionar los selectivos límites del trabajo académico desde las prácticas de oposición y resistencia -sociales, intelectuales, artísticas y culturales- que se tramam en soportes alternativos al formato universitario, prefieren no ser llamados “estudios culturales” sino “estudios (y otras prácticas intelectuales) en cultura y poder”. Así lo propone Daniel Mato para demarcar enfáticamente que su campo no sólo comprende a las prácticas que se desarrollan en medios universitarios y la producción de *estudios* que asumen la forma de publicaciones académicas, sino también otros tipos de prácticas... que se despliegan en el marco de diversos movimientos sociales (por ejemplo: feminista, indígena, afrolatinoamericano, de derechos humanos, etc.); en las prácticas en artes visuales, en música, en cine y en video; e incluso en el de algunas organizaciones gubernamentales (municipales, provinciales,

regionales, nacionales), sindicatos, organizaciones populares y una amplia variedad de organizaciones e iniciativas de diversos sectores de población.

Defender este activismo de las prácticas en “cultura y poder” como un modo de hacer estudios culturales en América Latina, se vincula a la definición “progresista” de la palabra “cultura” que recoge Georges Yúdice: la cultura como un campo de lucha y resistencia simbólicas en el que se enfrentan lo hegemónico y lo contestatario; la cultura como un instrumento de ciudadanía, que permite diseñar las “políticas de identidad” y de “representación” destinadas –al menos, en Estados Unidos- a transformar la esfera pública incluyendo en ella a los sujetos hasta ahora marginalizados o subrepresentados por las escalas culturales de lo dominante. Pero esta definición activista de la cultura que se juega a favor de las “políticas de identidad” no es la más difundida en los estudios culturales latinoamericanos que se dedican principalmente a analizar temas de mercado cultural y de políticas culturales.

Una de las características del hipercapitalismo es la de haber subsumido a la política y a la economía en la cultura, que tomaron la forma, liviana, de imágenes y representaciones, de estilos, que celebran el gratificante espectáculo de la diversidad neoliberal. Para decirlo de otra manera, el nuevo capitalismo cultural se funda en “una colisión funcional” que surge de un doble movimiento recíproco: el que trae la cultura hacia la economía, a partir del creciente desarrollo de una industria cultural que viene poco a poco convirtiéndose en uno de los más poderosos sectores de crecimiento en las economías actuales, y el que en la dirección contraria aproxima la economía hacia la cultura, haciendo que ella se arrogue los caracteres tradicionalmente asignados únicamente a las prácticas culturales –es decir, todas aquellas que tienen que ver con el poder de investir identidad (producir sujeción, efectos de reconocimiento, socialidad, diferenciación, etc.-. Todo esto ocurre gracias a la hipermediatización cultural de la globalización capitalista que, según G. Yúdice, se caracteriza ahora –lejos de la definición “progresista” anteriormente mencionada por él que la señalaba como un campo de fuerzas dividido entre lo hegemónico y lo contestatario- por *la emergencia del culturalismo como táctica expedita*: de la cultura como un simple “expediente”, como “un recurso para otros fines” sometido a criterios de satisfacción económica, de eficiencia organizacional, de retribución social, de instrumentación política, de rentabilidad funcionaria, en la que la “utilidad” ha reemplazado definitivamente al “valor”.

Varias líneas de trabajo en estudios culturales que privilegian las dimensiones del consumo y de la recepción culturales, recurren a esta noción de la cultura tomada como “expediente”, como “bien”, como “servicio” o como “gestión”. Bajo el tema de las industrias culturales y de las políticas culturales, estos programas de estudio proponen diseñar intervenciones democratizadoras en la organización de los recursos y mensajes simbólicos

que circulen entre el Estado, los grupos comunitarios, las ONG's, los organismos internacionales, etc. Estos diseños se justifican por representar una intervención pública en aquella zona que no puede quedar abandonada a las regulaciones del mercado que dominan el control de las formas de mediación cultural que construyen los regímenes de representación a través de los cuales se organizan las jerarquías simbólicas de la diversidad. Pero el tema de las políticas culturales no puede acaparar toda la atención de los analistas de la cultura, dejando que sus vocabularios –instrumentales- de la “planificación” y la “administración” impongan “la medición de la utilidad” como único criterio de valoración social de la cultura. La lógica de cálculo y gestión de las políticas culturales no debe saturarlo, ya que dejaría sin voz a las preguntas que siguen obsesionando al arte y a la literatura: ¿a qué tipo de realización discursiva aspira una determinada obra y para inspirar cuáles vectores de subjetividad en un espectador que transformarán sus recursos imaginativos? ¿Cómo intensificar la relación entre tratamiento formal y régimen de sentido, entre materia y experiencia, entre simbolización y lenguaje, para darle relieve intensivo a los desechos culturales que expulsa la racionalidad social y política?

Frente a la serialidad homogeneizante con la que el mercado y sus saberes comisionados buscan traducirlo todo a los reductores índices de lo masivo, es indispensable que el arte y la literatura, pero también el ensayismo crítico-cultural, tengan una *chance* de desencajar el verosímil dominante que sólo admite la explicatividad del saber, la verificabilidad del dato, las demostraciones de conocimiento. Vivimos en un mundo repleto de estadísticas del consumo, de técnicas de análisis cuantitativo, donde la objetividad de la cifra y la solvencia del dato duro garantizan la eficacia profesional de quienes están encargados de diagnosticar el funcionamiento del mercado de la globalización en su dimensión económicamente comprobable, políticamente deducible, técnicamente medible. Ninguna de estas pruebas “expeditas” es sensible a los desgarros del sentido, a los abismos de la significación, a los huecos y las perforaciones de lo simbólico que esperan ser explorados por un ensayismo crítico que, sin temerles a las incertidumbres del pensar, se atreva a vagar fuera de las precisiones metodológicas.

Ya quedó demostrado que la tecnoperatividad del mercado de la cultura les exige a los estudios culturales dejar fuera de sus plantillas de conocimiento la negatividad de lo escindido, lo errante y lo desviado. Les corresponde al arte y la literatura, al pensamiento crítico, reintroducir –minoritariamente- los desórdenes de lo inclasificable en el mundo de lo clasificado y lo clasificador. Sólo con el juego crítico de lenguajes desobedientes frente a la mercadotecnia universitaria, podrá quebrarse la homología resignada entre la gobernabilidad de la política, la administratividad de lo social, la industrialización de lo cultural y la profesionalización de los saberes útiles.

## Referencias bibliográficas

- Avelar, Idelber (2000): *Alegorías de la derrota: La ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio.
- Beverley, John (1996). *Sobre la situación actual de los Estudios Culturales*. En J.A. Mazzotti y J. Cevallos, eds. *Asedios a la Heterogeneidad Cultural*. Libro de Homenaje a Antonio Cornejo Polar (pp. 455-474). Pittsburg: Asociación Internacional de Peruanistas.
- Lyotard, Jean-François (1991). *La condición posmoderna*. Buenos Aires: Red Editorial Iberoamericana.
- Sarlo, Beatriz (1994). *Escenas de la vida posmoderna*. Buenos Aires: Ariel.
- Yúdice, George (2002). *Contrapunteo estadounidense/latinoamericano de los estudios culturales*. En D. Mato, coord. *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder* (pp. 339-352). Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela.